

JOSÉ SARAMAGO
La flor
más grande
DEL MUNDO

Ilustración JOÃO CAETANO



ALFAGUARA

LA FLOR MÁS GRANDE DEL MUNDO

¿Y si las historias para niños fueran de lectura obligada para los adultos? ¿Seríamos realmente capaces de aprender lo que, desde hace tanto tiempo, venimos enseñando? Un bello relato para niños... y para adultos, escrito por uno de los más importantes autores de los últimos tiempos.

Esta es la historia del niño que recorriendo el mundo, encuentra una flor marchita. ¡Oh! no hay agua por aquí, morirá. Pero la busca por el mundo y cuando, al fin, la encuentra, renace la mayor flor jamás vista. Éste es un cuento corto, dice Saramago, pero luminoso. Cualquiera de nosotros alguna vez, podríamos escribir algo tan bonito. Las ilustraciones derrochan ternura y colorido.

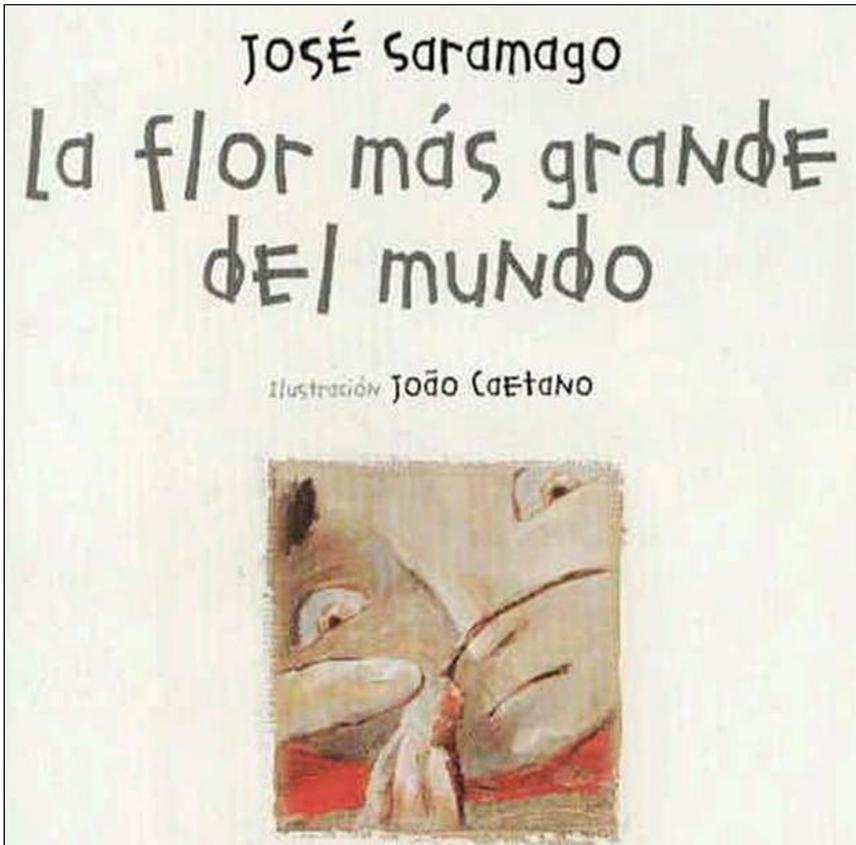
©2006, Saramago, Jose

©2006, Alfaguara

ISBN: 9788420443546

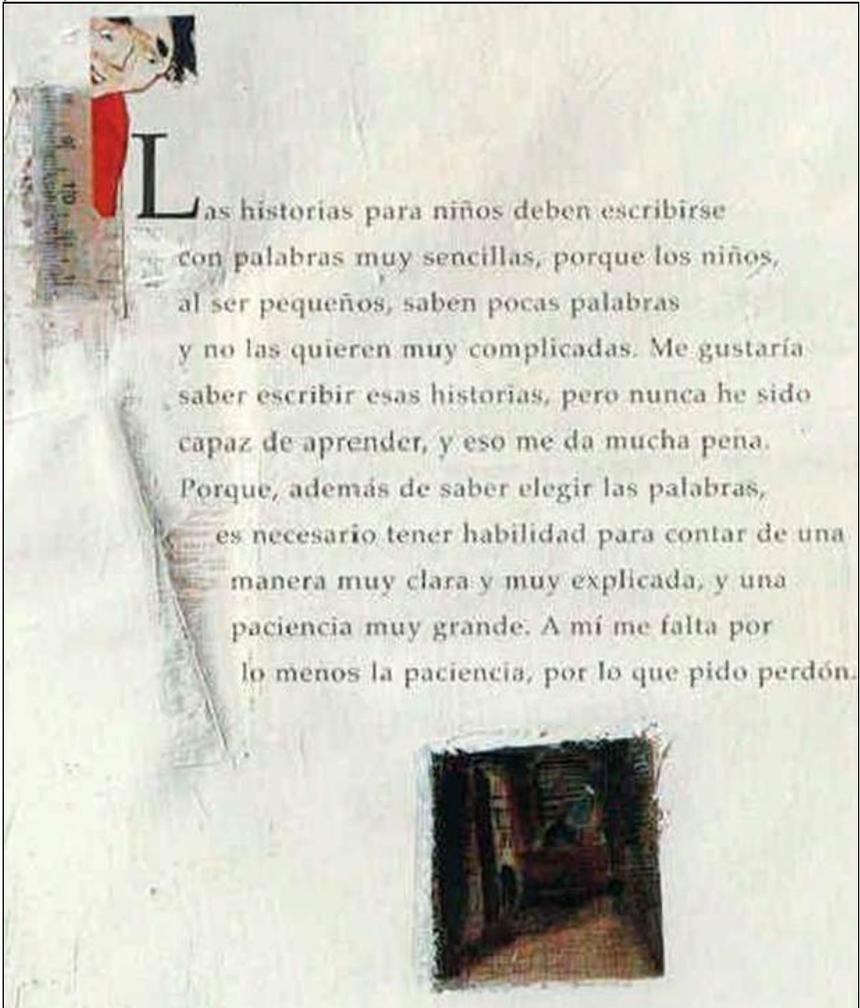
Generado con: QualityEbook v0.35

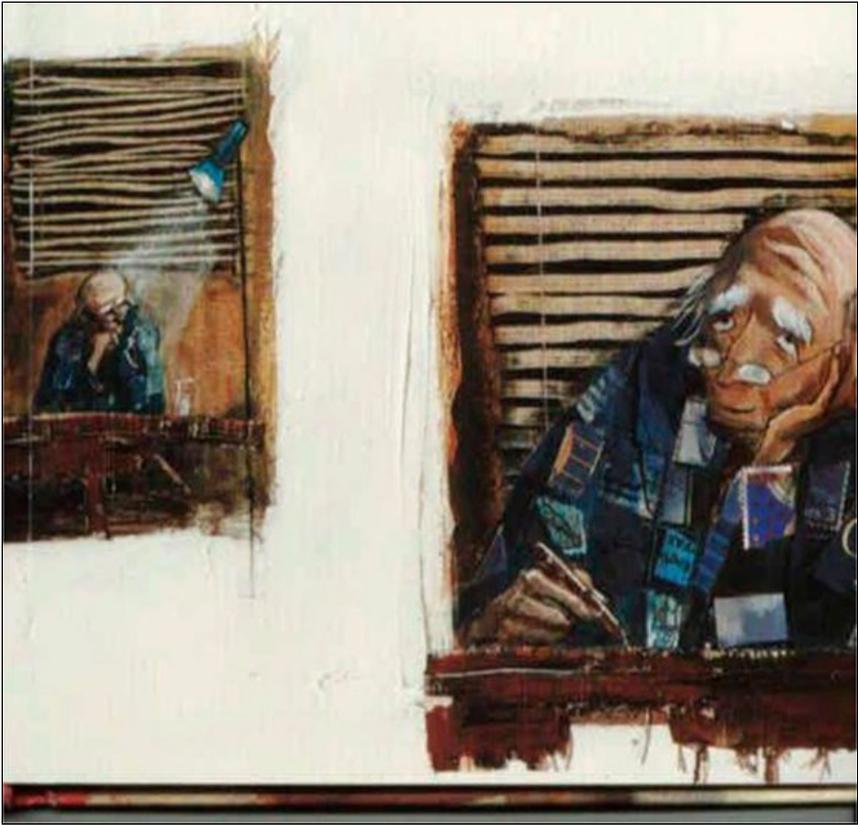
La flor más grande del mundo — José Saramago



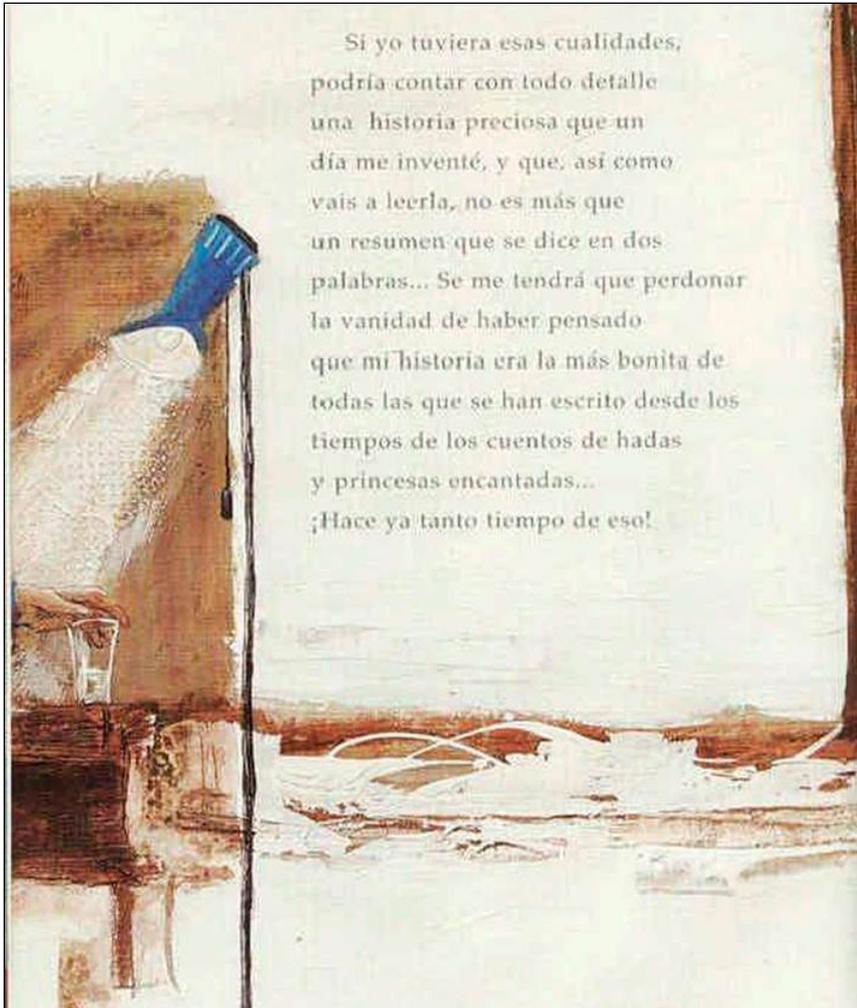
Las historias para niños deben escribirse con palabras muy sencillas, porque los niños, al ser pequeños, saben pocas palabras y no las quieren muy complicadas. Me gustaría saber escribir esas historias, pero nunca he sido capaz de aprender, y eso me da mucha pena. Porque, además de saber elegir las palabras, es necesario, tener habilidad para contar de una manera muy clara y muy explicada, y una paciencia muy gran-

de. A mí me falta por lo menos la paciencia, por lo que pido perdón.

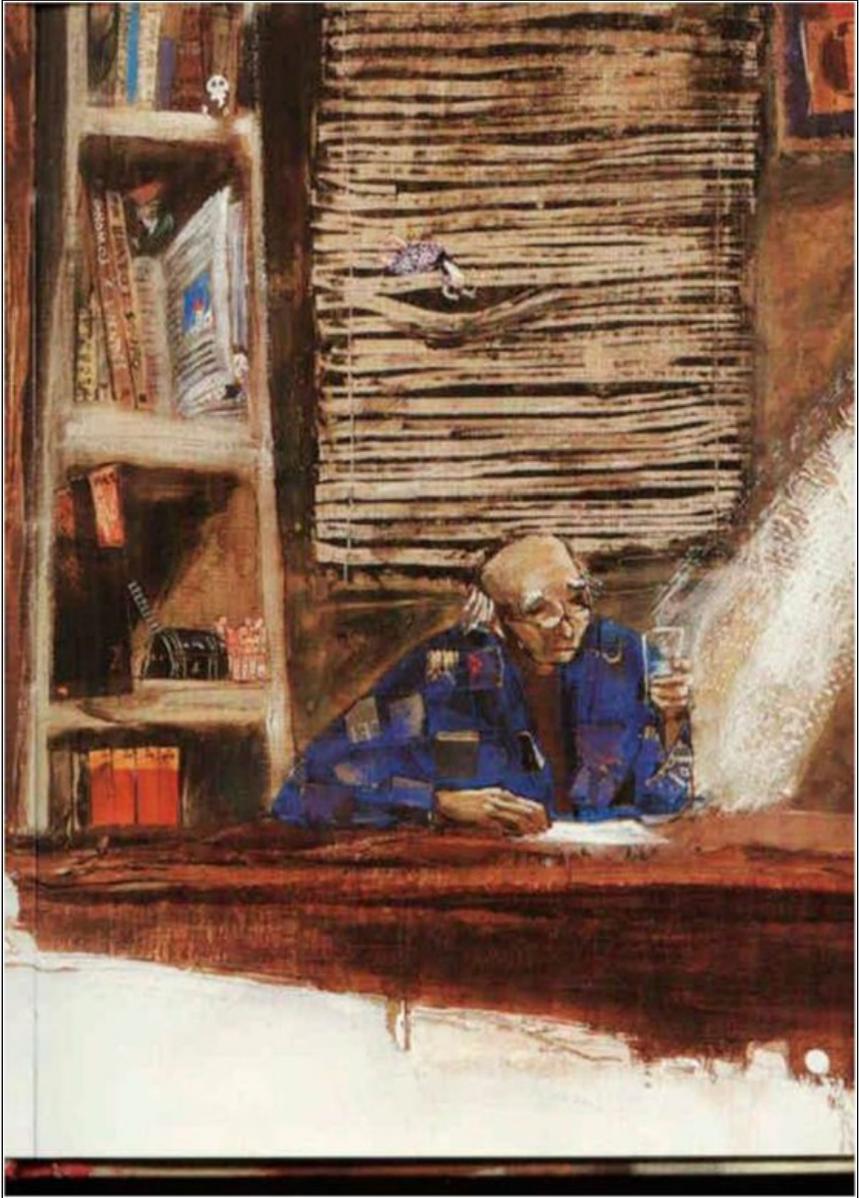


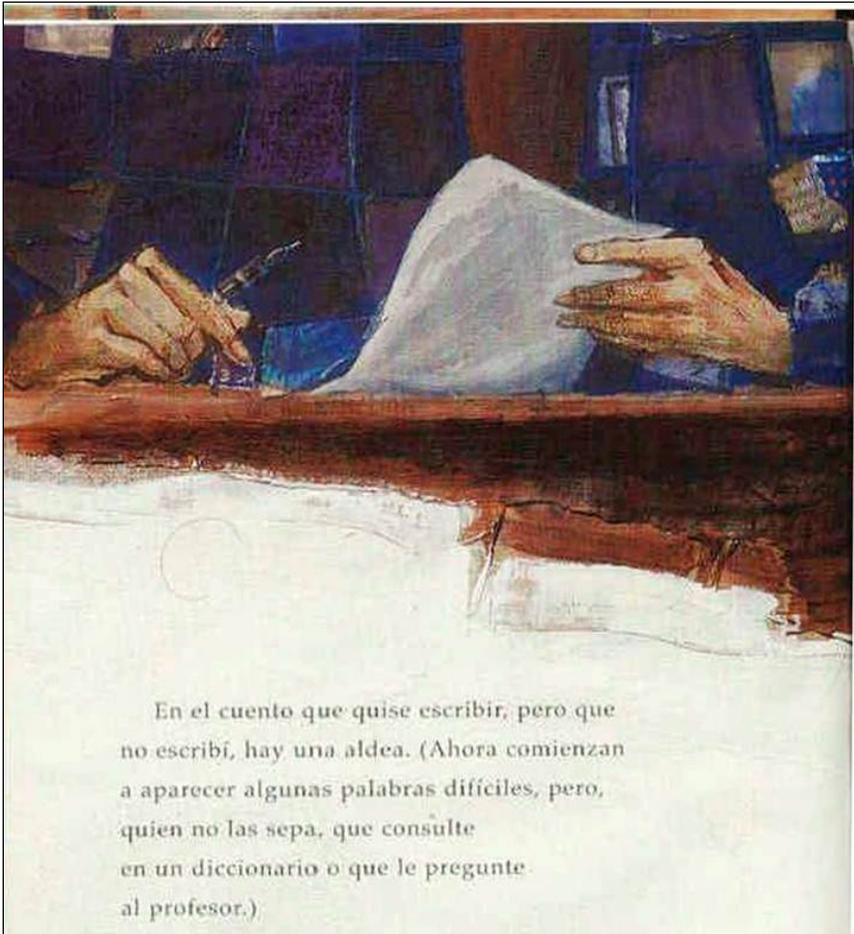


Si yo tuviera esas cualidades, podría contar con todo detalle una historia preciosa que un día me inventé, y que, así como vais a leerla, no es más que un resumen que se dice en dos palabras... Se me tendrá que perdonar la vanidad de haber pensado que mi historia era la más bonita de todas las que se han escrito desde los tiempos de los cuentos de hadas y princesas encantadas... ¡Hace ya tanto tiempo de eso!



Si yo tuviera esas cualidades,
podría contar con todo detalle
una historia preciosa que un
día me inventé, y que, así como
vais a leerla, no es más que
un resumen que se dice en dos
palabras... Se me tendrá que perdonar
la vanidad de haber pensado
que mi historia era la más bonita de
todas las que se han escrito desde los
tiempos de los cuentos de hadas
y princesas encantadas...
¡Hace ya tanto tiempo de eso!

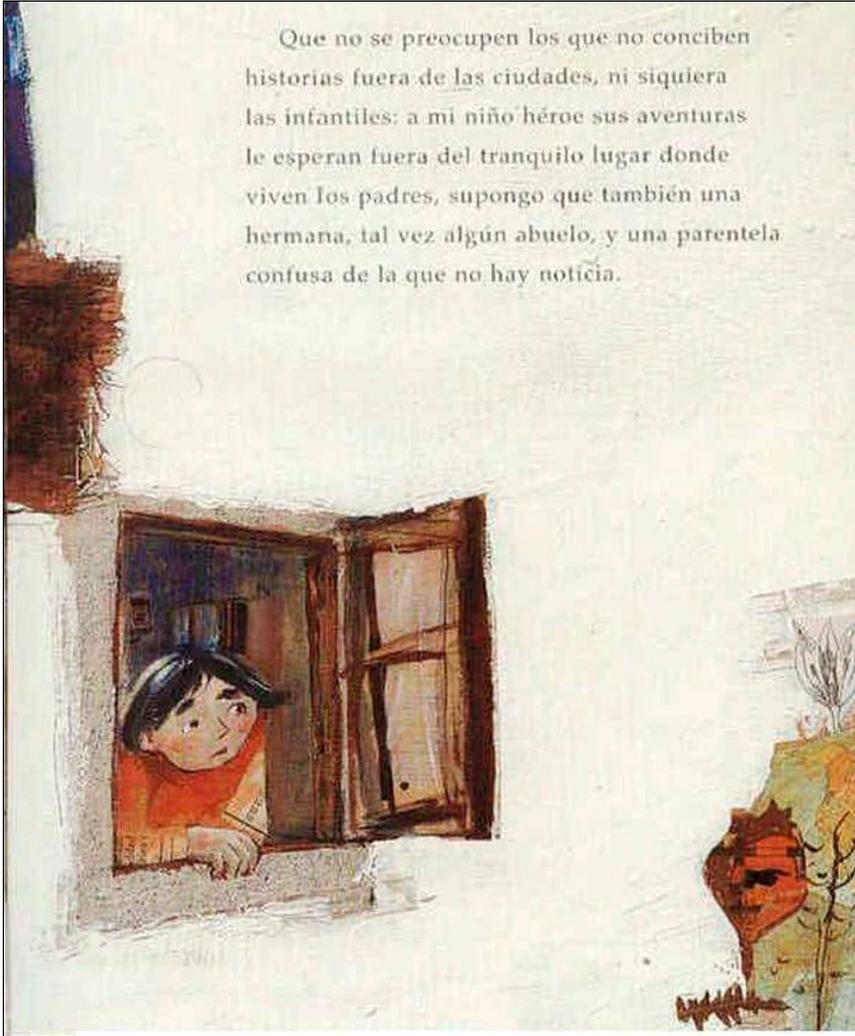


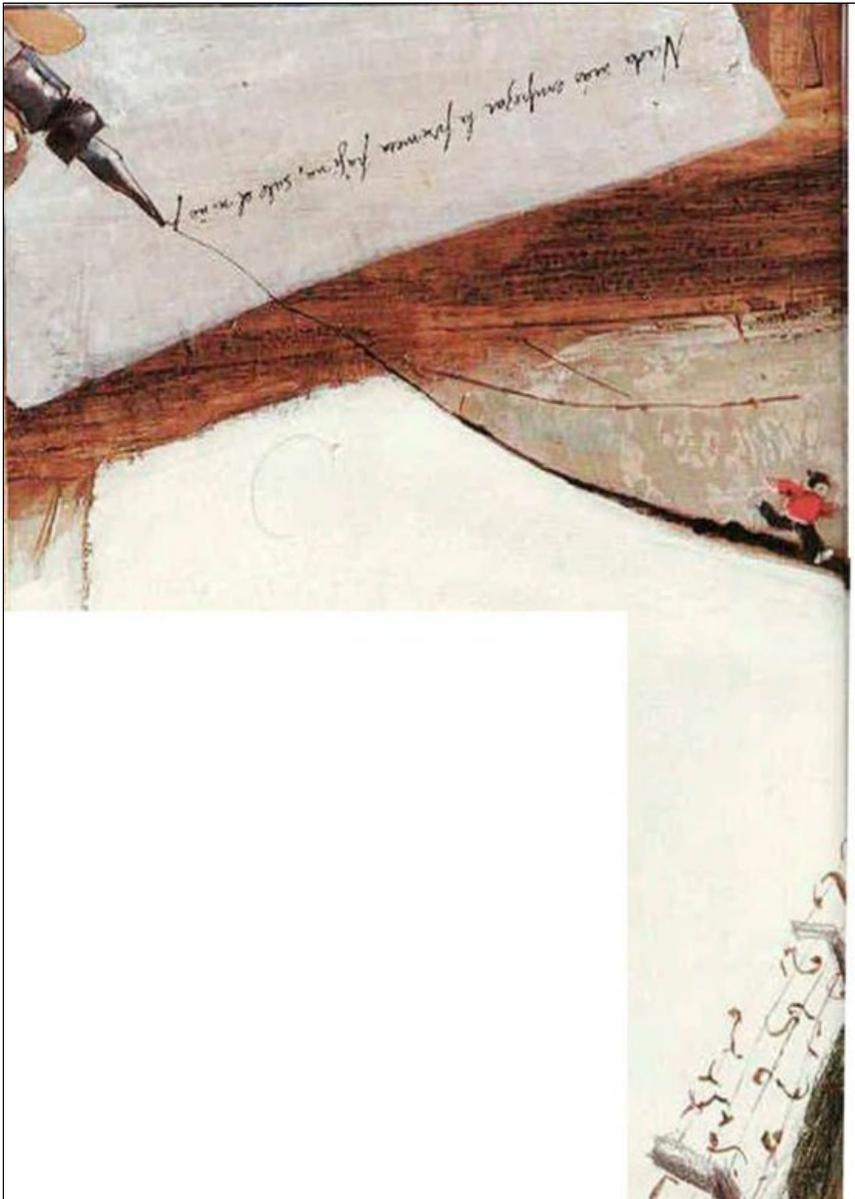


En el cuento que quise escribir, pero que no escribí, hay una aldea. (Ahora comienzan a aparecer algunas palabras difíciles, pero, quien no las sepa, que consulte en un diccionario o que le pregunte al profesor.)

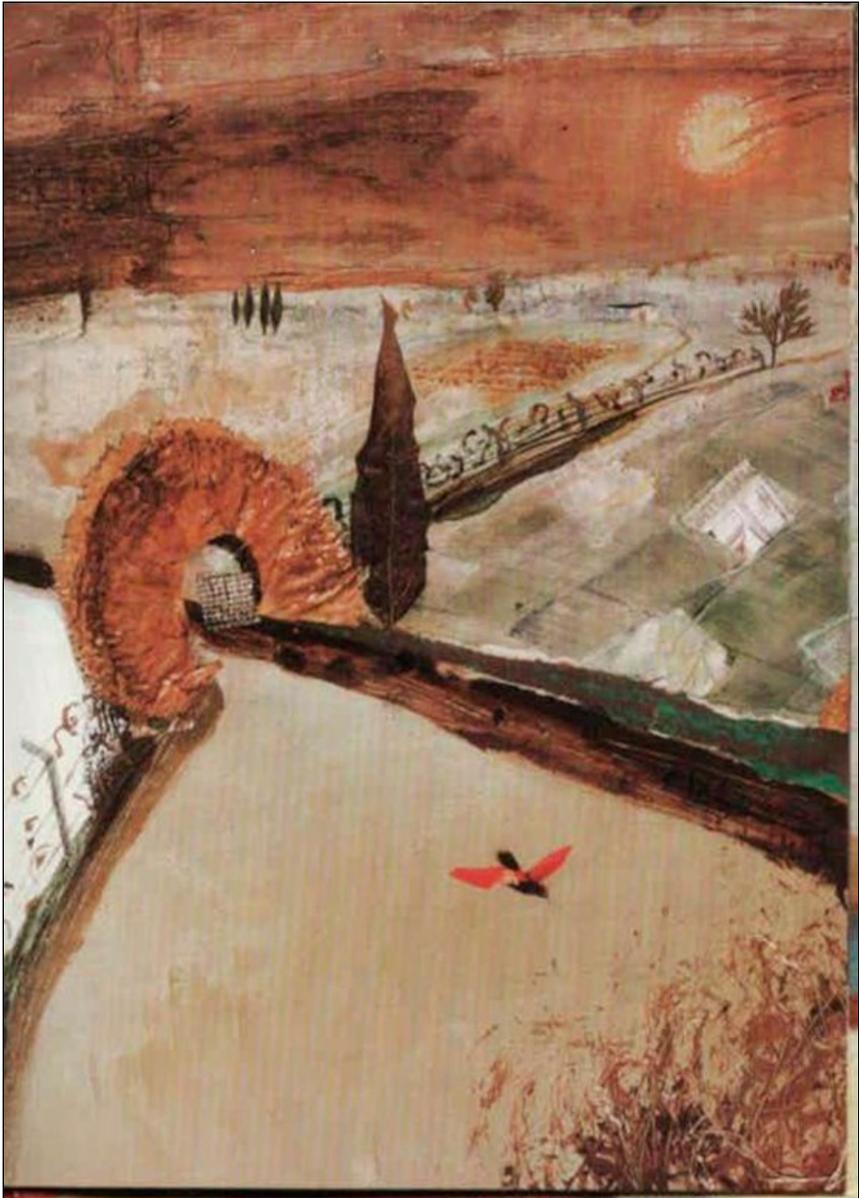
Que no se preocupen los que no conciben historias fuera de las ciudades, ni siquiera las infantiles; a mí niño héroe sus aventuras le esperan fuera del tranquilo lugar donde viven los padres, supongo que también una hermana, tal vez algún abuelo, y una parentela contusa de la que no hay noticia.

Que no se preocupen los que no conciben historias fuera de las ciudades, ni siquiera las infantiles: a mi niño héroe sus aventuras le esperan fuera del tranquilo lugar donde viven los padres, supongo que también una hermana, tal vez algún abuelo, y una parentela confusa de la que no hay noticia.



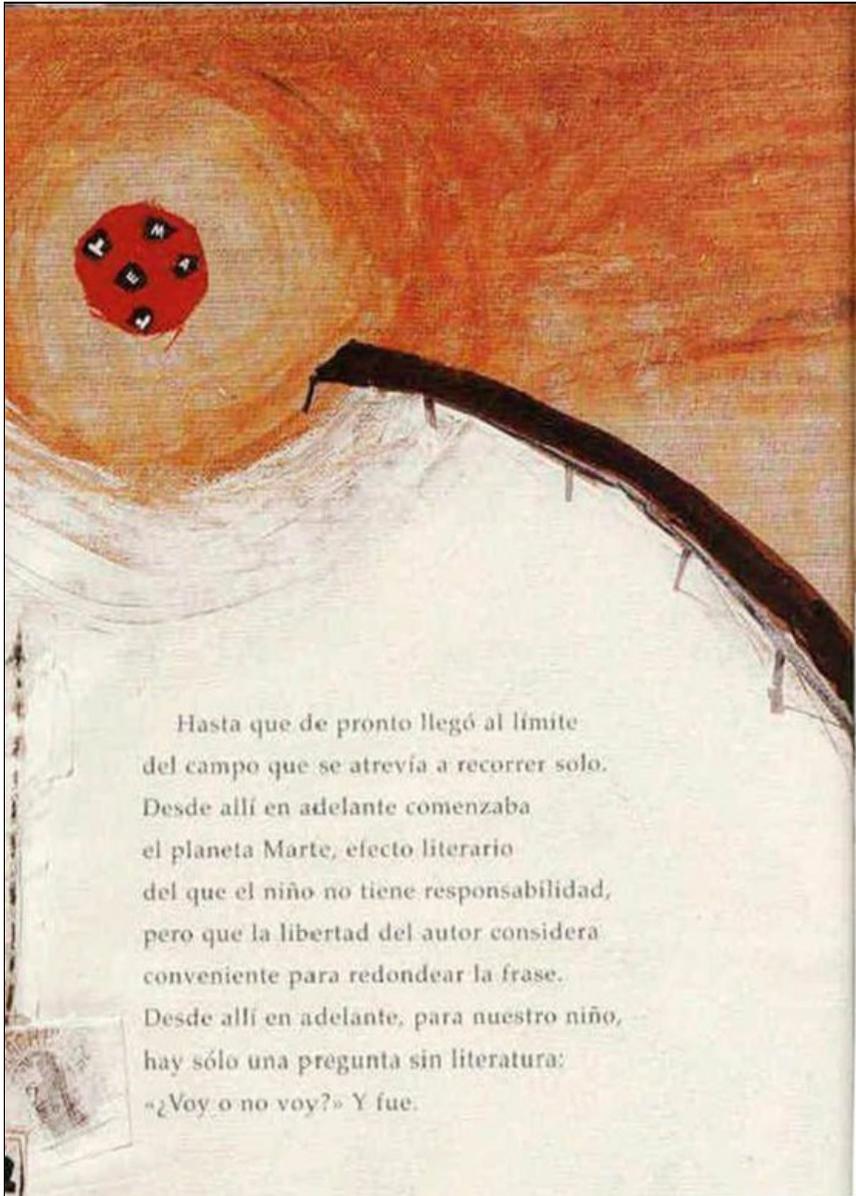


Nada más empezar la primera página, sale el niño por el fondo del huerto v, de árbol en árbol, como un jilguero, baja hasta el rio y luego sigue su curso, entretenido en aquel pe-zoso juego que el tiempo alto, ancho y profundo de la infancia a todos nos ha permitido...



Hasta que de pronto llegó al límite del campo que se atrevía a recorrer solo. Desde allí en adelante comenzaba el planeta Marte, efecto literario del que el niño no tiene responsabilidad pero que la libertad del autor considera conveniente para redondear la frase. Desde allí en adelante, para

nuestro niño, hay sólo una pregunta sin literatura: •«¿Voy o no voy?» Y fue.



Hasta que de pronto llegó al límite
del campo que se atrevía a recorrer solo.
Desde allí en adelante comenzaba
el planeta Marte, efecto literario
del que el niño no tiene responsabilidad,
pero que la libertad del autor considera
conveniente para redondear la frase.
Desde allí en adelante, para nuestro niño,
hay sólo una pregunta sin literatura:
«¿Voy o no voy?» Y fue.



El río se desviaba muchos se apartaba, y del río ya estaba un poco harto porque desde que nació siempre lo estaba viendo. Decidió entonces cortar campo a través, entre extensos olivares, unas veces caminando junto a misteriosos setos vivos cubiertos de campanillas blancas, y otras adentrándose

en bosque» de altos fresnos donde había claros tranquilos sin rastro de personas o animales, y alrededor un silencio que zumbaba, y también un calor vegetal, un olor de tallo fresco sangrado como una vena blanca y verde.

